

Esta mañana se ha encerrado en sus habitaciones porque me he negado á tocarme con rubíes; contesta al través de la puerta, se obstina, el tiempo apremia, no sé qué hacer... ¡Figúrese V.! ¿Qué dirá mi padre, qué dirá la infanta cuando el enviado se queje de que no visto de luto por mi tía? Sólo V. puede apaciguar al regente; en cuanto á la infanta, descargará su cólera sobre alguien ó sobre algo; no la temo.

— Pero, repito, ¿por qué Riom quiere obligar á Vuestra Alteza á ponerse una piocha de rubíes? A lo menos ha de dar un pretexto.

— Detesta á los bávaros, y la infanta lo recibe con altivez. Por eso quiere mostrar á la infanta que es más poderoso que ella é imponerle esta atrocidad.

— ¡Bah! será chusco — exclamó, riéndose, la señora de Parabere. — ¡Qué! ¿no se come aquí? pues es fácil que Riom vuelva á nosotras y veré de adoc-trinarlo.

— Comamos, pues, y cargue pateta con el enviado. Voy á mandarle recado de que estoy enferma, y volveré otro día. ¡A la mesa!

La duquesa de Berry volvióse hacia mí y me dijo:

— Señora, pues viene V. de parte de mi padre, bienvenida sea; síganos.

XVIII

Seguí á la princesa y á las damas, asombrada y confusa de cuanto pasaba, y entré en un comedorcito, bajo de techo como un entresuelo, muy lindo, muy claro, muy íntimo, una como jaula de pájaros indicos, escondida é inaccesible, excepto para los iniciados.

En el comedor aquel había en pie, con la servilleta al brazo, un maestresala, que desapareció al ver á la princesa.

— Pero, señora, á lo menos recójase V. los cabellos — dijo la de Muchy acercándose á la duquesa; — ya la peinarán después. Comamos con todo sosiego, por el amor de Dios.

— Dios nada tiene que hacer aquí — replicó la duquesa; — en cuanto al amor, ya es distinto, y para que venga, mande V. llamar al conde.

La marquesa desapareció por la misma puerta que el maestresala, y regresó poco después seguida de un hombre alto, robusto, casi feo, granoso, vulgarísimo, con cara de vinagre, despechugado, y parecido, en fin, á todo menos al tirano de una princesa de Francia. La señora de Berry salió, con el rostro radiante, al encuentro de aquel tipo, y le dijo:

— Lléguese V., le están á V. esperando, bizarro vencedor; vamos á comer, después veremos.

Riom saludó silenciosamente á la princesa, y luego á nosotras.

La de Parabere, que no era mujer para soportar largo rato aquella solemnidad, dijo á Riom:

— En verdad, caballero, ha jurado V. sacar de sus casillas al señor regente y atormentar hasta la muerte á esta buena princesa. ¿Qué le importa á V. verla enlutada? ¿Por qué hacerla faltar á sus deberes por el simple capricho de una piocha de rubíes?

— No comprendo pizca, señora — contestó con cara de garduña el interpelado; — no atormento á nadie ni me meto en piochas de rubíes. ¡Valiente gusto demuestra en eso la señora duquesa de Berry!

— Hace V. bien en negar sus exigencias, caballero; sin embargo, puede V. hablar sin temor. La señora marquesa del Deffand no es una extraña y tiene

demasiado talento para no apreciar las cosas. Por otra parte, no sé por qué ahora esconde V. las uñas, cuando con aquellos que debieran no verle á V. se muestra tan fuerte.

El conde de Riom profesaba un principio que le había imbuido su tío el duque de Lauzún, principio que le salía bien, con ser el colmo de la insolencia: trataba á todos con la más obsequiosa finura, y á la princesa del modo más grosero. El antiguo privado de la infanta afirmaba que este era el modo más seguro de conservar la conquista real.

— ¿Dónde lo ha puesto V. en práctica? — le pregunté un día al duque al hablarme de tan precioso sistema. — Mientras la infanta le amó á V., no se movió V. de Pignerol; cuando, á costa de sus bienes, la infanta lo libertó á V., V. se olvidó de ella, y cuando, años después, cesó V. de verla, entiendo que no lo hizo V. espontáneamente.

El duque no supo qué contestar; pero yo, ganosa de saberlo todo, aproveché la ocasión para sacar el agua limpia. Así, pues, añadí:

— ¿Es cierto que un día, al regresar de la caza, tomó V. á la nieta de Enrique IV por ayuda de cámara, y le dijo: «Luisa de Borbón, sácame las botas?»

— ¡Señoral — exclamó el duque enfurecido, — ¿quién es el bergante que le ha dicho á V. eso? Esmérese V. en no volverlo á repetir nunca jamás, ó van á creer que se frecuenta V. con lacayos. ¡Yo, Antonio de Nompár de Caumont, hablar así á la infanta, princesa la más orgullosa y altiva del mundo! Los que repiten esa majadería ¿han olvidado la Fronda, la toma de Orleáns y el cañón de la Bastilla? Si alguien hubiese tenido la osadía de hablar de tal suerte á la infanta, mal hubiera sido Luis XIV, ó el amante más querido, no habría salido vivo de casa de aquélla, se lo juro á V., señora; la infanta

lo hubiera arrojado por la ventana, que era el recurso expedito de Cristina de Suecia, del cual ella no abominaba, antes al contrario, lo aplaudía, diciendo: «Si el tal, su servidor, la ha faltado, la reina ha hecho bien en castigarlo».

— ¿Pero V. no era aparentemente servidor de la infanta?

— No, era su marido, lo cual se parecía mucho, atento á la distancia que separaba á Luisa de Borbón de Antonio de Nompár.

— Veo que es V. más astuto en el hablar que no lo era V. en el obrar, y esto no me tranquiliza; pero ¿por qué ha educado V. á su sobrino en tan extraños procederes? ¿Qué piensa V. hacer de él?

— Mi vengador ¡voto al diablo! Tengo una cuenta pendiente con la casa de Borbón, á la que guardo rencor por mi prisión, mi destierro y mis desgracias, y la duquesa pagará por todos.

— Otra cosa le guarda V. también á la pobre casa de Borbón.

— ¿Qué!

— Sus escudos, según parece. Debe V. á ella lo más saneado de su fortuna.

El duque, que á todo tenía réplica, ahora no dió contestación alguna.

Volvamos al Luxemburgo y á la increíble comida aquella, comida de que no me atrevería á decir palabra si no hubiesen presenciado tales escenas innumerables testigos.

Riom empezó á chancearse con la princesa, que sin cesar volvía al luto y á la piocha, y que no cesaba en su empeño. El conde, que tenía poco talento, se atolló, lo cual le puso de mal humor; y si bien se mostró correcto con la señora de Parabere, trató de tal modo á la princesa que la hizo llorar.

— En verdad no sé qué hacer — dijo aquella

mujer desventurada; — nunca puedo contentarle á V. Tengo para mí que me mira V. como á una esclava; al cabo me cansarán sus caprichos, y...

— ¡Bah! ¡bah! ¡bah! hay que humillar el orgullo de V., señora; de lo contrario, no hará V. más que tonterías y se tendrá V. por superior á las emperatrices. El otro día los timbales de V. se paseaban con una jactancia por la ciudad... Y eso que el rey se encontraba en París. ¿Hase visto audacia? Además, va V. al teatro acompañada de sus guardias, y se da usted aires de superioridad en presencia de los embajadores. Fuerza es que aprenda V. á conocer que es V. de una esencia semejanste á la nuestra, recordándole de tiempo en tiempo á los que V. pisotea; donde no, sería V. peor que Satanás, y se vería exterminada como él; es hacerle á V. un favor, obrar como yo obro.

La duquesa de Berry, tan imperiosa y violenta, lloraba de ira y se mordía de rabia los cabellos, y la señora de Muchy dejaba vagar por sus labios una sonrisa que me reveló qué sé yo cuántas cosas.

A la sazón, ya era yo observadora.

— Me quejaré á mi padre — dijo por fin la duquesa.

— ¿Para qué, señora? El señor regente nada tiene que ver con nosotros. Pues mi trato la disgusta á V., me retiro, lo cual no me será difícil. Excepto V., lo demás de esta tierra nada me importa; me vuelvo á cazar liebres y lobos en mis montañas. Recompensada con tan negra ingratitud mi amistad por V., haría mal en molestarla más. Dios guarde á V., señora.

— ¡No! ¡no! — exclamó la duquesa, deshecha en llanto y abalanzándose á Riom.

— Déjelo V. que se vaya, señora — dijo la marquesa; — no faltan mozos bien plantados, bastante robustos para andar á puñetazos con ese fornido

galán por quien V. se desvive, bastante ingeniosos para darle un tapaboca, y suficientemente brutos para tratarla á V. con la aspereza que él. Puesto que eso la distrae, á lo menos ganará V. en el cambio.

Pero la duquesa nada quiso escuchar; llamó al conde, que se iba, y le dijo cariñosamente:

— Me pondré la piocha de rubíes.

— Póngase V. lo que le dé la gana, con tal no me trate así, y delante de una hechicera dama que, por añadidura, me ve por vez primera; ¿qué pensará de mí esa señora? Y, sin embargo, V. tiene la culpa de todo.

No quiero decir cuál era mi pensamiento en aquel instante, ya se adivina.

XIX

Lo que había visto en el Luxemburgo me satisfacía tan poco, que cuando la señora de Parabere se levantó para irse, sentí verdadera alegría. Habíamos asistido al tocado de la duquesa de Berry, la cual, llorando y lamentándose, se puso la piocha de rubíes, y se consolaba dándose á entender que el enviado de Baviera no se presentaría hasta el día subsiguiente.

— De aquí á entonces, decía la duquesa, Riom habrá mudado de consejo, y tendremos en danza otro capricho.

— ¡Ah! señora — articuló la marquesa, — ¿cómo se explica que soporte V. del señor de Riom lo que yo no consentiría á su señor padre de V.?

— Esa es una mala comparanza, *Cuervecilla*. Prometo á V. cenar esta noche en el Palacio Real,

y olvidar por algunas horas al que todo me lo hace olvidar.

La princesa añadió algunas frases sumamente halagüeñas para mí, y me incitó á que de nuevo la visitase, como así lo hice, con tentarme poco.

Una vez á solas en la carroza, la marquesa me dijo con marcado disgusto:

— ¡Cuánto me repugna á mí todo eso! En verdad, creo que la señora de Sabrán tiene razón.

— ¿Qué dijo la señora de Sabrán?

— El otro día, cenando en la Gaviota, en casa de la duquesa de Berry, con todos nosotros, soltó una de esas frases que no se olvidan y que tienen miga.

— ¿Qué dijo?

— Que Dios, después de haber creado al hombre, cogió un resto de barro y formó con él el alma de los príncipes y la de los lacayos. Y es cierto, yo se lo fío á V. Ve a V. á esa princesa real cómo se deja arrastrar por el arroyo por un segundón de Gascuña, feo, sin talento, sólo porque parece un faquín y la amenaza con vapularla. ¿No es vergonzoso eso? Apuesto que la ha hecho desnudar otra vez y que va á imponerle otra extravagancia. Siempre ha sido así la duquesa.

— ¿De veras?

— ¡Siempre! A los quince días de casada, y no me refiero á la ceremonia, sino... á lo demás, cuando apenas le zumbaban los diez y seis, se prendó de Lahaye, el caballero del duque de Berry; al principio nada le negó, y luego no halló mejor que proponerle fugarse con él, dejar sus diamantes en poder de su doncella, robar quinientas mil libras á su padre, y trasladarse á Holanda ó á Inglaterra para entrambos saciarse de amor.

— ¡Es posible!

— Valga que Lahaye tenía mucho apego á su cabeza, y fué y se lo reveló todo al duque de Orleans, que recobró las joyas y el dinero, y rogó á su hija que guardase á su amante en secreto. Y es que el duque no tenía valor para reprender á su hija, á quien temía más que á Luis XIV, y eso porque la había aceptado por tirano. ¡Pobre Felipe! nunca tendrá valor contra un ser endeble, ni sabrá decir no á quien no se defiende.

Compréndese que, imbuída yo en mis ideas de provinciana, aquel estado de cosas me asombrara y me produjera los efectos de la embriaguez. En tal estado me encontraba, que sentía una irrefragable necesidad de volverme á mi casa para considerar en mi corazón. Ahora bien, como la cabeza me daba vueltas, rogué á la marquesa que me acompañase; pero ésta insistió, aunque poco, en llevarme á la Opera.

— Gracias; estoy realmente enferma — dije á la señora de Parabere.

La cual, antes de separarnos, me arrancó la promesa de que volveríamos á vernos al otro día.

En la escalera encontré á mi prima, que pasó volando y se limitó á saludarme; no parecía sino que yo estaba apestada. Aun no suficientemente curtida para tomarlo todo con frescura, no por eso pedía explicaciones á nadie; bastábame mi orgullo para justificarme á mí misma. Mi lacayo me aguardaba en lo alto de la escalera, y me entregó respetuosamente una carta de la que habían esperado largamente la contestación. Era de la señorita de Launay, que me incitaba, en nombre de la duquesa del Maine, á ir, el día siguiente, á Sceaux, donde tenía que celebrarse una fiesta nocturna, y contaban conmigo para una comedia, en la que de antemano me habían señalado un brillante papel. Vendría por mí una ca-

roza de la princesa, en el supuesto de que, como recién llegada, tal vez no me había provisto aún de tales adminículos.

De mejor á mejor. Ahora era en Sceaux, y en mi perplejidad no sabía á cuál atender. ¿Negarme? no me era posible. ¿Qué dirían en el Palacio Real? Para guiarme á mí misma al través de aquel dédalo de intrigas, era demasiado joven. Como ya dije, mi sentimiento predominante era el asombro. La curiosidad me llevaba á Sceaux. ¡Hablábase tanto de aquella corte, de lo que en ella pasaba, del extravagante modo de vivir de la duquesa del Maine y de las distracciones que ésta ofrecía á sus amigos! Me preparé, pues, quiero decir que escribí á la señora de Parabere, comunicándole hallarme comprometida para el día siguiente, sin explicarme más, y luego, en mi cuarto, medité sobre cuanto había visto y cuanto iba á ver.

A poco de mis meditaciones, anunciáronme á los señores Pont de Veyle y Argental y á lord Bolingbrooke, que venían á buscarme para cenar en casa de la señora Ferriol, donde pasaban alegremente el rato. Necesitaba de reposo, me negué á acompañarlos, pero se burlaron de mí, y, quieras que no, se me llevaron consigo. En aquella vida desatinada y alegre, no estaba permitido el descanso; era preciso divertirse sin cesar, siempre, aun á costa de la salud. No había llegado yo á tal extremo, y que durase; salvo un poco de atolondramiento de cabeza y de falta de costumbre, tenía que habituarme á ello como los demás; pero mi grande enemigo empezaba á dar señales de vida, y no me era posible andar tan aprisa como ellos en la vía del placer, que nunca fué la mía.

No parecía sino que todos quisiesen comer á dos carrillos; era un frenesí. Y es que se habían aburrido por tal manera en tiempo del difunto rey, y por tal

manera cohibido y disimulado, que unánimemente estaban ansiosos de arrojar de sí la máscara, y sólo Dios sabe el rostro que cada cual mostraba.

Fuimos á casa de la señora de Feriol, que nos recibió con Voltaire á su derecha y Duclós á su izquierda. Allí vi por primera vez al hombre de quien tan diversamente se ha hablado, sin contar lo que ha dicho de sí mismo él, que no andaba parco en la propia alabanza. Duclós era muy joven á la sazón, y ostentaba ya en su rostro las señales de lo que era realmente; quiero decir que su fisonomía revelaba la astucia, la maldad, la envidia y el amor al dominio. De talento vulgar, sin gracia ni atractivo, Duclós era soportado, mas no querido; nadie lo buscaba, lo aguantaban por miedo á sus epigramas; á bien que él sabía imponerse. Ya yo tuve ocasión de conocerlo, y otros también.

Entonces todas las expuestas cualidades de Duclós estaban en embrión, pues hay que tener presente que aquél daba sus primeros pasos, no sólo en las letras, pero también en la sociedad. A pesar de su juventud, Duclós parecía ya personaje de cierta importancia, y hacía gala de conocimientos, sin por eso mover á risa, pues poseía el arte de hacerlos verosímiles con pasmosa seguridad. Había Duclós tenido por maestro al padre Dangeau, hermano del marqués, historiador de la vida de Luis XIV, el cual marqués, como gran maestre de la orden de San Lázaro, había fundado, en la calle de Charonne, una especie de escuela para los jóvenes nobles. Duclós, hijo de un mercader de Saint-Malo, fué admitido por gracia especial, y pagando, en aquella escuela, en la cual ya se distinguía. El padre Dangeau, de edad muy avanzada, se había aficionado á Duclós y á otros dos ó tres jóvenes nobles de ilustres casas y de más edad que aquél: el conde y el caballero de

Aydie, primos del conde de Riom, *del Luxemburgo*. El buen padre, á menudo se llevaba consigo á sus jóvenes discípulos para formarlos, y aquellas visitas decidieron de la vida de dos personas: Aissé y el caballero de Aydie se conocieron y se amaron, y sus amores fueron tan novelescos, que es cuanto puede ponderarse.

Aquel día se llevó tras sí toda nuestra atención Duclós; el cual contó ingeniosamente la historia de su llegada, en el ordinario, de Dinán á París, donde lo dejaron en la calle de la Harpe, en la *Rosa encarnada*, con los demás paquetes. El amigo á quien iba recomendado, que no lo esperaba hasta el otro día, no fué por él á la posada, visto lo cual por ciertos buenos sujetos que de él se compadecieron, se lo llevaron consigo á su casa y le dieron hospitalidad por cuarenta y ocho horas, y luego lo acompañaron al colegio donde era esperado.

Duclós, y esto lo eché de ver con toda claridad, no se mostraba agradecido para nada á los que recogido lo habían, y reíase de su apetito en casa de aquéllos, y del apuro en que aquéllos se encontraban. En su relato no intervenía poco ni mucho el corazón; todo era áspero, ¡y en aquella edad! Según parece, los filósofos nacen así, y no hay que culparlos.

XX

Ganosa de dormir, pues en aquel tiempo dormía, regresé temprano á casa. La señora de Feriol me hizo acompañar por su hermano, y mi prima no habría podido reprendirme aquel día, pues mi conducta

encajaba de lleno en las reglas establecidas. Acostéme luego á luego, dejando para otra ocasión las reflexiones, y al día siguiente, muy de mañana, me levanté y me atavié como requerían las circunstancias; que la elegancia era en Sceaux muy otra que la desplegada en el Palacio Real.

La duquesa del Maine se divertía, y quería que en su casa los demás también se divirtiesen; pero siempre, si no con tasa, á lo menos con distinción. Las agudezas eran los placeres preferidos de la duquesa, cuya corte había disminuído desde la muerte del difunto rey; sin embargo, todavía era numerosa, y sobre todo muy escogida; venía á ser un terreno neutral, adonde se concurría sin arrostrar serio compromiso, y en el cual todos se divertían. Los devotos tenían que decir, es cierto; pero nadie les hacía caso.

La gran predilección de Luis XIV por el duque del Maine, había colocado á éste en esfera aparte; todo se lo toleraban. La señora del Maine era menos querida, menos justificada; pero la trataban con grandes miramientos, pues la temían por su ingenio. Con no ser la duquesa positivamente mala, era maestra en morder y llevar tajada.

Yo ardía, sobre todo, en deseos de ver al duque del Maine, padre de Larnage. Tenía para él una pasión positiva, de la que no me daba clara razón y que me arrastraba á la casa de Sceaux, más que los placeres de que era pródiga. A la hora señalada vino por mí la carroza, y por caballero me enviaron un hombre que había dado mucho que hablar bajo el anterior reinado, un amante de la princesa de Conti, viuda, é hija de Luis XIV y de la señorita de la Valliere. El bizarro Clermont, al que todas las damas se arrancaban unas á otras, en su juventud, tenía el mal gusto de preferir la señorita Chouin, amante del delfin, muchacha gorda y fea, á la más adorable prin-

cesa del universo. El rey sorprendió, violando el secreto del correo, varias cartas del galán á su dama, en las cuales se ridiculizaba á la de Conti, y que no dejaban la más leve duda sobre la perfidia de que aquélla era víctima. Llamó el monarca á su presencia á la princesa, la reprendió severamente, le mostró la correspondencia y le obligó á leerla en alta voz delante de él, lo cual hubo de ser un cruel suplicio. Luego la perdonó, desterró á Clermont, despidió á la Chouín de la servidumbre de la princesa de Conti, de la que era camarista y rival, y todo volvió á encauzarse, excepto que monseñor aprovechó la ocasión para robar á la Chouín y hacerla, primero, su amante y luego su mujer. Nada, que fué una Mantenón de andar por casa. La Chouín era inteligente, y también tenía corazón, á pesar de su mala pasada á la princesa; que hay momentos de extravió involuntario.

Muerto el delfín, la Chouín se retrajo á un convento con una módica pensión, y no frecuentó el trato de persona alguna ni se metió en nada, muriendo en su retiro olvidada de todos y todavía joven.

El señor de Clermont, cuando yo lo conocí, era la reliquia de un hombre apuesto, sin talento, de porte distinguidísimo y respirando el énfasis propio de quien se ha visto mimado por las mujeres y cree haberlo merecido. El tal me trató con la más exquisita finura, y no me habría deslizado á hablar de él, á no haber sido una circunstancia que le dió celebridad en la corte y trascendió á toda su existencia.

Llegamos á Sceaux bastante temprano. Todo estaba allí en movimiento para una *gran noche*, diversión no celebrada hacia mucho tiempo y que en aquel momento encerraba otro fin muy diferente. La señorita de Launay vino á recibirme hasta la portezuela, y me condujo á presencia de la princesa, que interinamente presidía un corrillo que en nada se

parecía á los de la corte; en él se reía y se conversaba sin cortapisas; cada uno decía lo que se le ocurría, sin preocuparse con la condición de los demás ni con la etiqueta. Era aquella una libertad de buena ley, en la que nunca se transparentaba la licencia. Allí vi al cardenal Polignac, á la marquesa de Lambert, á la señora Drucillet y á otros muchos que he olvidado y de quienes me acordaré más adelante.

Véase lo que son las cosas: ahora me vienen á la memoria Davisart y el padre Vaubrún, en quienes no había pensado qué sé yo desde cuándo.

En un esconce del salón, entreví á un hombre que, al oír mi nombre pronunciado en alta voz, se escondió: era Larnage. ¡Larnage en casa del duque del Maine! ¡Larnage tal vez á punto de ser reconocido por el duque; en la vía de la fortuna y de los honores! ¡Ah! ¿por qué no lo esperé? quizá todo se reducía á tener paciencia. Larnage parecióme un pino de oro, ataviado á lo señor, y aun diré que era tratado con grandes miramientos en aquella casa, lo cual nada perjudicaba. Como me hubiese tan sólo confiado aquella dicha incipiente, habría aguardado lo demás.

La señora del Maine me dirigió mil cumplimientos que, como es de suponer, sus cortesanos repitieron. Sólo dependió de mí tenerme por un prodigio de inteligencia y de hermosura; felizmente en mí latía algo mejor que la vanidad, el orgullo, y por eso no mordí en el anzuelo; me apreciaba á mí misma en mi justo valer, y no más, y ahora me congratulo de que así fuese.

Hablábase de representar una comedia, y de sopetón la princesa me dió un papel en ella. Excuséme alegando mi incapacidad; pero la duquesa me replicó que, con unos ojos como los míos, una mujer era capaz de todo.

La señora del Maine preguntó luego al señor de

Clermont por qué no había llevado consigo á la señora de Estaing.

— El estar enferma le ha impedido venir á ponerse á la disposición de Vuestra Alteza — contestó el interpelado.

— ¡Cómo! ¿la señora de Estaing está enferma? ¿En realidad de verdad no veremos esta noche á la señora de Estaing? ¡Qué contrariedad! Lo siento en el alma. ¡Pobre señora! Que vayan á informarse de su salud, y la traigan en una litera. Si está enferma cuidaremos de ella, pero que venga.

— Nunca imaginé que Vuestra Alteza se interesase tanto por la señora de Estaing—dijo la señora de Charson.

— ¿Quién, yo? ni eso — replicó la duquesa del Maine; — pero me placiera grandemente poder prescindir de cosas que no me interesan.

Los circunstancias se echaron á reir, sin que la princesa se diese por ofendida.

La conversación continuó, cada vez más amena, y tanto gusto le tomé, que, dando de lado con la timidez, metí baza en ella, cuanto más que todos me alentarón. El cardenal Polignac entabló conversación conmigo, y tuve la dicha de pronunciar, al contestarle, una de esas frases felices que se divulgan con aplauso. La mía fué celebradísima, y de golpe me valió fama de aguda, fama que siempre más he conservado, sin inmodestia sea dicho, lo cual no significa que la hubiese merecido.

Hablábase del martirio de san Dionisio, y, de repente, el cardenal se volvió hacia mí y me dijo:

— ¿Puede concebirse, señora, que ese santo anduviese dos leguas llevando en las manos su propia cabeza?

— ¡Ah! monseñor — contesté, — sólo es dificultoso el primer paso.

XXI

Esta contestación me revistió inmediatamente de personalidad propia. El cardenal fué á repetirla luego á la duquesa, que la aplaudió, y la repitió, y la hizo repetir, por tal manera, que ha quedado en todas las colecciones de frases notables, y aun hoy y después de tantos años la citan. El otro día, Walpole, que no la conocía, y oyó hablar de ella, me escribió para enterarse de su historia, digo de la historia de la frase de marras, y en verdad me pareció chusco verme obligada á referírsela. Nunca supuse que valiese la pena de hacerlo; otras he dicho después más notables y de las que nadie se acuerda. ¡Lo que es hablar á tiempo!

Mi buena suerte me proporcionó uno de esos días tan raros desde la muerte de Luis XIV; la señora del Maine daba una fiesta, si no la última, una de las últimas que precedieron á los sucesos que la postraron. Siempre he supuesto, por más que constantemente me lo hayan negado, que aquella fiesta era un pretexto para ocultar lo que después se manifestó. La princesa quería dar á entender que tornaba á sus placeres; pero esto lo hacía para desviar la atención, pues el regente no solía sondear las conciencias, y, á no ser Dubois, lo habrían pillado continuamente.

Su Alteza resucitaba una diversión todavía desconocida por mí, que nada conocía; para mí fué, pues, una novedad. No hice la tontería de disimular mi admiración y mi contento; los elogios me tenían gozosa, y no me hallaron excesivamente provinciana.

La señorita de Launay había trazado el programa de aquella fiesta. Los versos eran de Larnage, de mi querido Larnage, que no estaba de buen humor y al

cual entonces añoraba yo de todo mi corazón. A mí me parecía hallarse aquél en el camino de la fortuna y del poder. El duque del Maine nunca dirigía la palabra á Larnage; pero la duquesa lo llamaba á menudo, para preguntarle si se cumpliría el programa, si todo iría bien y si se evitarían los anacronismos. A mí me parecía que la duquesa le dirigía á Larnage tales preguntas con más frecuencia que no era necesario, y en aquella insistencia sólo vi una muestra de interés.

La duquesa del Maine — fuerza es decirlo, toda vez que habré de hablar de ella repetidamente, — era nieta del gran Condé, á quien el ciego amor de Luis XIV por sus bastardos hizo descender hasta una condición tan distante de su cuna. La del Maine no era hermosa, en la verdadera acepción de la palabra, y hablo de su juventud, pues cuando la conocí ya tenía aquélla cuarenta y dos años; agraciada y de fisonomía expresiva, su boca revelaba, á la par que su carácter, su condición altiva é imperiosa. Como todos los de su familia, la duquesa era muy pequeña, lo cual la tenía disgustadísima, por más que fingía tomar eso á broma. De inteligencia clara y amoldable á todo, en ocasiones remontaba á grande altura su vuelo; pero también á las veces se quedaba en las regiones bajas, y de estas facultades se servía á su antojo. Tenía la señora del Maine fama de atolondrada, pero injustamente; era sí una mujer extraordinaria. Quería saberlo y abarcarlo todo; sentábase, uno en pos de otro, en todos los tronos; tenía que ser reina en todas partes, y su corte de Sceaux era más soberana que la del rey. Ambiciosa é intrigante, sin ser buena, no era mala; no habría hecho mal sin necesidad, por el solo placer de hacerlo; pero lo hacía cuando podía reportarle algún beneficio. Odiaba con toda su alma al duque de Orleans, y me instaba para que le prometiese no volver al Palacio Real. Felizmente el señor

de Saint-Aulaire le expuso que á mi marido le era necesario mi crédito, y que teníamos que labrar nuestra fortuna.

— Pues no cabe otro remedio, vaya V. — replicó la princesa; — pero fío en que no irá V. mucho tiempo.

Más adelante comprendí lo que con eso quiso decir la señora del Maine.

Como la noche iba acercándose, empezó la fiesta con la iluminación de los jardines y de los estanques, que produjeron mágico efecto. La cena, dispuesta en un invernáculo y servida por faunos y amadriadas, inauguró los regocijos. Todos hacían gala de su agudeza, y yo como los demás. Me era imposible levantar los ojos sin encontrar los de Larnage puestos en mí, como si con la mirada hubiese querido devorarme. Parecía admirarse grandemente de mis réplicas, y no se atrevía á más que á asombrarse. Yo habría dado no sé qué para que hubiese sido más audaz, y á ello lo alenté echando mano de mis pobres y candorosos recursos. Larnage estaba muy separado de mí en la mesa.

En cenando, la fiesta continuó, para no terminar hasta la madrugada, conforme á la costumbre establecida en tales casos.

Yo meditaba una añagaza para conseguir que durante la comedia y la representación del baile, Larnage estuviese á mi lado; pero el joven era tan tímido, tenía tanto miedo de verse desechado, que indudablemente no me quedaría sino pedirselo. Resuelta á esto, me encaminé derechamente á él, que se puso de mil colores, y me dijo:

— ¡Ah! señora, ¿para qué? ¿Cómo quiere V. que me arriesgue á sentarme en aquel sitio, y qué saldría ganando con ello, sino un acrecentamiento de desventura?

— ¡Qué! ¿es una desventura estar á mi lado, conversar conmigo?

— Es la dicha, señora, el anhelo de mi corazón, mi más ferviente deseo, el resumen de mis ambiciones, pero ¡ay!...

— ¿Y bien?

— V. pertenece á otro, me ha olvidado usted, me ha abandonado; para mí está V. muerta, y ni siquiera puedo propasarme á pensar en V., temeroso de ofenderla.

Por ser, como era, bastardo de un príncipe y secretario de un gran señor, Larnage era muy necio. El príncipe y el gran señor eran dos devotos, es cierto; pero él apenas tenía veintitrés años, y ahí está el quid.

Con todo eso, Larnage acabó por comprender, por sentarse á mi lado y mostrar su satisfacción y bienestar; parecía una gallina en su incubadora, como decía Pont de Veyle de la señora de Luxembourg cuando la veía sentada en su poltrona, y en disposición de sajar la reputación de alguien. Los demás no tardaron en fijar toda su atención en el espectáculo; en cuanto á Larnage, con ser el poeta, sólo estuvo para mí; yo, de buenas á primeras me interesé en el espectáculo, y luego en aquél, y esto, para ser justa, con la misma vivacidad y el mismo contento.

Vimos, pues, al Buen Gusto, refugiado en Sceaux, y presidiendo á las ocupaciones de la señora del Maine. Condujo aquél á las Gracias, que aparejaron, bailando, un tocador, mientras sus acompañantes cantaban melodiosamente los versos de Larnage. Este primer intermedio fué recibido con aplauso unánime; todos lo hallaron delicioso. En cuanto á mí, dí mi enhorabuena á mi antiguo maestro, que al escuchar mi elogio casi enloqueció de alegría.

El segundo intermedio lo formaron juegos perso-

nificados, quiero decir que los personajes se presentaron provistos de mesas de juego, y de todo lo necesario á los diferentes juegos. Simultáneamente cantaban y bailaban, y dirigían lisonjas á la princesa, que las hallaba tan verídicas como atinadas; ya estaba hecha á ello.

Olvidábaseme decir que los representantes eran los mejores de la Opera.

¶ Para fin de fiesta, las Risas erigieron un teatro, adornándolo de flores, festones y astrágalos, como en la tragedia, para representar, no una tragedia, sino una pieza de la señorita de Lunay, con la colaboración de Larnage. ¡Válgame Dios! ¡qué versos más macarrónicos habían hecho aquéllos en compañía! Verdad es que el asunto se prestaba poco ó nada á la inspiración. Figuraba á la señora del Maine descubriendo el cuadrado mágico que ella buscara y todavía andaba buscándolo infructuosamente. A bien que, como dice la condesa de Escarbagnás, para emitir un pensamiento ingenioso no se repara en escrúpulos.

La princesa representó personalmente su papel, y los demás representaron también cada cual el propio. Era la corte de Sceaux trasplantada al teatro, hablando en prosa rimada en vez de prosa vulgar. Todos rivalizaron en naturalidad y gracia, y á esto se debió que pasase inadvertida la pesadez de la obra. No se olvide que siempre hablo de los demás ó de mí desde el punto de vista de hoy; porque á la sazón, aquella noche, me era imposible aburrirme, hallándome como me hallaba en mis primeras emociones de amor, y nada menos que de amor oculto.

— Esos versos están impregnados de ternura — dije á Larnage, sin saber á ciencia cierta lo que me decía.

— Al componerlos tenía puesto en V. mi pensamiento — contestó el joven. — ¡Ah! señora, ¿no se com-

padecerá V. de mí, ni volveré á verla, como en otro tiempo, ni platicaremos á la suave luz de las estrellas?

— Tal vez — repliqué, movida por inefable anhelo de sentir algo por mí ignorado.

— ¿Cuándo? ¿cuándo?

Iba á responder yo á esta pregunta; pero me atajó un incidente imprevisto.

XXII

La señorita de Launay me dió un golpecito en el hombro y me dijo al oído:

— Señora marquesa, está V. hablando de amor sin parar mientes en los que la rodean.

Estas palabras me hicieron estremecer y me volvieron á la realidad, pues había seguido á Larnage, no sé adónde, en sus alas de poeta.

La señorita de Launay, al ver que yo me había puesto encendida y que tartamudeaba una excusa, añadió:

— Nada tema V.; no es V. la única que habla de amor, lo mismo hacemos nosotros.

Al proferir estas palabras, mi interlocutora me mostró con la mano un hombre á quien miré dos veces antes de comprender: era el buen padre Chaulieu, á la sazón octogenario.

— ¿V. cree que me chanceo? — prosiguió la señorita de Launay al notar mi sorpresa. — Pregúnteselo V. á él.

— ¡Ay! — exclamó el padre, — demasiado cierto es. La señorita desdeña mi postrer amor y mis últimos versos.

— ¡Versos de V., señor cura! ¿y ella los desdeña, la ingrata?

— Sí, señora — contestó el padre Chaulieu.

Todavía conservo aquellos versos escritos de puño y letra del padre Chaulieu; fueron los últimos que compuso. Con ser octogenario, tenía fresca la imaginación el buen padre.

Al oír aquel madrigal, halagóme la convicción y la sencillez con que lo recitó su autor. La señorita de Launay se reía, sin gazmoñería y sin burlarse, con la bondad y el recato que le eran peculiares.

— No puede V. figurarse cuánto la amo, señora — añadió el anciano; — querría probárselo con algo más que con palabras; pero ella lo desecha todo. Tengo mil pistolas á su disposición, y no consigo que las acepte:

— A lo menos le he dado á V. tres calabazas, padre — dijo la señorita de Launay; — y agradeciéndole sus generosas proposiciones, le aconsejo que no las haga parecidas á muchas mujeres, pues se expondría V. á dar con una que le cogiese la palabra.

— Ya sé yo á quién me dirijo — replicó ingenuamente el padre.

La de Launay y yo nos echamos á reír, y el clérigo, que no concebía el por qué de nuestra risa, prosiguió su antifona, diciendo:

— Es como su atavío; mire V. cómo va vestida. Sí, sermonéala V., en este punto nada puedo conseguir. Me desespera, viste con una sencillez sin ejemplo.

— Padre — objetó la señorita de Launay, — no necesito más.

Esta contestación no tenía réplica. Era no hacer caso de sus hechizos; pero la señorita de Launay era así en esto y en muchas otras cosas, lo cual contribuía á fomentar el amor del octogenario, que se deshizo para serle grato, como se deshizo hasta el fin